

## **El sentido de estudiar**

“Tener una profesión es poder para una persona. Una piba de diecisiete años que se queda embarazada no puede hacer nada porque su novio la mantiene. En cambio, yo tengo en la cabeza que si soy profesional, si un chabón me agrede o no le gusta algo me separo, sigo mi vida con mis hijos o lo que sea...”. La que habla es María José, dieciocho años, nacida en Oruro, Bolivia, pero criada en Parque Chacabuco, en la Ciudad de Buenos Aires. María José tiene siete hermanos, su padre es pintor de autos y su madre es costurera, y ella está ahora sentada en la cafetería de la sede del Ciclo Básico Común (CBC) de Villa Lugano, adonde viene casi todos los días a cursar porque planea hacer la carrera de Medicina. “Lo único que nos puede diferenciar a las mujeres de los hombres es la fuerza, porque después todas nosotras pensamos y podemos hacer las mismas cosas”, afirma.

La sede de Villa Lugano del CBC de la Universidad de Buenos Aires se inauguró a mediados de 2014. En una zona cuyos máximos referentes eran el Parque de la Ciudad, el Autódromo, el Parque Roca y el club Sacachispas emerge ahora un edificio pulcro, a metros de la Villa 20 y de los míticos monoblocks de Lugano. Por sus diez aulas pasan todas las semanas alrededor de 2.500 estudiantes, que en su mayoría provienen de barrios cercanos: Lugano, Mataderos, Soldati, Flores, Lomas de Zamora y Avellaneda. Se trata de uno de los pocos proyectos exitosos realizados conjuntamente entre los gobiernos de la Ciudad de Buenos Aires y la Nación: los terrenos los aportó la ciudad y los fondos el Gobierno Nacional.

Al entrevistar a estudiantes en el bar de la sede, la amplia mayoría afirma que buscan ser la primera generación de universitarios en sus familias. Gran parte proviene de sectores populares y tiene que trabajar para poder sostener sus estudios, y no son pocos los que lograron terminar el secundario gracias al plan FINES. Un dato significativo es que, si bien también cursan cientos de varones, la mayoría de quienes cursan en la sede son mujeres. Por eso, esta nota es sobre ellas.

A diferencia de las mujeres jóvenes de sectores medios que suelen ser mayoría en el resto de las sedes, aquí las mujeres tienen una condición tímidamente combativa que no proviene de alguna adscripción política o herencia partidaria, sino de haber tenido que luchar contra diferentes obstáculos –y de seguir haciéndolo– para poder estar ahí, estudiando. Muchas han sufrido o sufren violencia de género y temen salir por la noche de sus casas, además de ser madres y/o trabajadoras. La educación universitaria, para las mujeres de sectores populares, no es solo una herramienta de movilidad social, sino también de defensa y empoderamiento de género.

Junto a María José está sentada Camila, del barrio de Liniers. Tiene 18 años y cuenta que pensaba ser escritora, pero que no le vio tanto futuro y decidió estudiar bioquímica. “Me interesa la genética, es un tema que se está expandiendo mucho”, dice. Camila coincide con María José en la importancia de tener una profesión para ser menos vulnerable, y cuando lo dice habla con conocimiento de causa: “Yo hice una denuncia por violencia de género y me dijeron: te veo re bien, la verdad que te veo genial. Eso es una falta de respeto. Denuncié a mi papá por violencia de todo tipo contra todas: mi mamá, yo, mi hermana... El tiene un problema de adicción a las drogas. Me hicieron pericias psicológicas y me dijeron que a mi papá le iba a llegar una citación, pero eso nunca pasó. No sé qué pacto hicieron pero yo sigo viviendo con mi papá, él sigue teniendo la adicción y sigo lidiando con el mismo problema. Yo tengo una posición firme y es que cuando llegás a la justicia no pasa nada. Fui a la corte suprema y no hicieron nada”, asegura.

María José dice que hay chicas que se dejan maltratar y que les gusta. “Es algo muy estúpido. Conozco una chica que esperaba que el hombre le diera órdenes, que le dijera hoy no salgas, y si no lo hacía ella se enojaba con él”. Camila agrega: “No puedo creer que haya gente que diga: no quiero que trabajes. Me parece horrible, machista, una actitud de subordinación. Es difícil cambiar la mentalidad de generaciones que aprendieron cosas diferentes, pero no imposible”.

Después María José cuenta que el chico con el que ella estaba era “re machista”. “Él me volvió re feminista. Porque él salía yo no podía salir, y yo decía: vos sos mi novio pero no sos mi padre, no sos mi madre... yo salía igual. Ahora, por todo lo que está pasando tengo más desconfianza de juntarme con chicos”.

En una mesa cercana está Erica, de veintisiete años, futura estudiante de Medicina. Vive en Montegrande con su pareja y sus tres hijos, y su historia refleja, en parte, lo que Camila y María José quisieron evitar. “A los 16 quedé embarazada de mi primer hijo y se postergaron mis planes”, dice. Erica cuenta que en aquel momento su pareja, que trabaja en una empresa farmacéutica, le olía las manos cuando se encontraban, y si olía a tabaco la zamarreaba y la agredía. La familia de ella se oponía a la relación pero ella era rebelde y estaba enamorada. Él estaba muy obsesionado y yo estaba muy sometida en ese momento. Nunca me dejó marcada, ni nada, pero me pegó, me pegaba en la cabeza, me empujaba, o me agarraba de la ropa... esas situaciones que son muy feas”. Al tiempo, Erica quedó embarazada y se fueron a vivir

juntos. Después de algunos años de crisis de pareja con episodios de violencia, él se acercó a una iglesia evangelista y cambió. Ahora tienen tres hijos y están felices. Sólo se quejan de que no pueden acceder a un crédito para comprar un auto, que los remises nunca los llevan porque son cinco y entonces se ven obligados a viajar siempre en colectivo. En este contexto, ella se enteró de la apertura de esta nueva sede cerca de su casa y volvió a estudiar con la intención de ser enfermera. “El día de mañana quiero trabajar de algo que a mí me guste, que disfrute hacer y ayudar a mi marido que está remando económicamente solo”, dice.

Recordando los años oscuros, Erica cuenta que muchas veces se sintió limitada por estar embarazada y no poder salir a ganarse la vida sola. “Se me cruzó por la cabeza abortar, pero no lo hice por la contención que tenía de mi familia. Yo pienso que había tenido una educación sexual suficiente, a mí me ganó el querer estar con él. En los momentos que estábamos bien soñaba con flores, pajaritos, y no ves el grado de importancia que tiene si no te cuidás”.

El tema del aborto no es un aspecto polémico para ellas: simplemente se oponen, salvo en casos de violación. “Si viene, viene”, coinciden. “Y si quedó embarazada, aunque tenga 13 años, era porque ya era grande para hacer esas cosas. Y si no se cuidó, que se haga cargo”. A diferencia de las mujeres feministas de sectores medios de otras sedes de la UBA, que suelen ser pro aborto libre, legal y gratuito, las mujeres de sectores populares que pueblan esta sede se empoderan atrás de sus derechos de mujeres y en especial de su derecho a una educación superior que las vuelva más autónomas, pero defienden el derecho a la vida del feto ante todo. Eso nos enseñaron en nuestras familias, suelen afirmar. Estas posiciones respecto al aborto señalan significativas diferencias sobre la maternidad y los embarazos que tienen con otras mujeres de Buenos Aires. Algunxs dirán que es falta de concientización o educación sexual, y lo vincularán a la fuerte influencia del catolicismo en sus núcleos familiares. Ellas lo niegan y se mantienen firmes en sus creencias y prácticas: la de ser madres cuando queden embarazadas y la de tratar de estudiar, contra viento y marea, para ser independientes y no depender del varón proveedor, que en muchos casos es autoritario y violento.